



las de Bernoulli y de Nernst

1

que, inocentes y en absoluto pecaminosas ni mal intencionadas, se mostraban tan sencillas y sin pararse a echar cuentas de que no siempre iban a ser comprendidas ni de que no faltarían criticones ni criticonas chismosos y chismosas que con sus lenguas viperinas pregonasen a los cuatro vientos que él, el mencionado Pi, era preferentemente a estas — y por algo sería, insinuaban entre risitas maliciosas — a las que se arrimaban en tanto que las otras, las de los grados primero y segundo, apenas si le veían el pelo y se las tenían que apañar ellas solas a su aire y su entender sin otros recursos que sus más y sus menos con los que “a fin de cuentas — se pavoneaban, algo dolidas en su orgullo pero altivas sabedoras, como lo eran, de lo muy necesarias que resultaban para encontrar igualdades y diferencias que a puro ojo podrían por qué no apreciarse grosso modo si eran muy evidentes, pero con su colaboración aparecían precisas y en detalle — tenemos nosotras bastante y de sobra, y no necesitamos a ningún euclidiano (irracional encima, que hay que ser memo) para solucionar nuestros problemas”.

